

UNO

La mar tiene muchas voces. La voz que este hombre ansía oír es la voz de su madre. Alza la cabeza, vuelve el rostro al aire gélido que entra por el golfo y prueba el sabor penetrante de su sal en los labios. La superficie del mar, de un lustroso azul plateado, se infla y refulge como una membrana que se estira hasta convertirse en una fina capa transparente donde en una ocasión, durante nueve ciclos lunares, había permanecido acurrucado en el sueño pretérito de la existencia, acunado y cómodo. Ahora se agacha sobre los guijarros que se acumulan en la orilla, apretando la túnica entre sus muslos. El mentón bajo, los hombros encorvados, atento.

A veces el golfo se encrespa. Sus voces retumban tanto en su cabeza que le parece estar en pie, inmóvil, en el fragor de la batalla, pero hoy, a la luz del amanecer, la superficie marina se asemeja a un lago. Pequeñas olas se deslizan hasta sus pies calzados con sandalias para después perderse con un repiqueteo cuando las piedras lisas quedan sueltas y salen rodando.

Nuestro hombre es un soldado, pero cuando no está

combatiendo es agricultor y la tierra, su elemento. Sabe que algún día volverá a ella. Todos esos átomos que milagrosamente se congregaron en el nacimiento para dar forma a estas mismas manos, estos pies, este antebrazo nudoso, se separarán y volverán a dispersarse, cada uno por su lado. Es hijo de la tierra. Pero toda su vida, en su otra naturaleza, se ha sentido atraído por el elemento materno, hacia lo que en todas sus formas, ora océano o lago, ora corriente, se muestra cambiante e incorpóreo, hacia aquello que, en un instante de calma, acepta el reflejo de un rostro, un árbol reverdeciente, pero que nada retiene y no puede ser en sí mismo retenido.

De niño, se inventaba sus propios nombres para llamar a la mar. Los repetía una y otra vez en voz baja, invocándola hasta que las sílabas resplandecían y la hacían presente. A la rebotante luz de la luna en sus aposentos, a mediodía en el jardín paterno, entre los robledales cuando las tormentas arreciaban con bravuconería y la tarde caía con todas sus fuerzas, él se sentía atrapado y tiernamente envuelto cuando ella le susurraba algo en voz baja sobre su piel. ¿Me oyes, Aquiles? Soy yo, sigo aquí, contigo. Durante algún tiempo podré estar a tu lado cuando invoques mi nombre.

Tenía entonces cinco o seis años. Ella era su secreto y él flotaba en los largos y suaves remolinos de su cabello.

Pero desde el principio le había avisado de que no siempre estaría a su lado. Había renunciado a él. Tal era la dura condición de su existencia y de todo el comercio que había entre ambos. Un día, tras pisar tierra, supo

inmediatamente que algo había cambiado. El don que había percibido como algo consustancial a él, ese juego de un yo dual que en un instante le había permitido escapar de su ruda naturaleza de muchacho y convertirse en una especie de anguila, fluida, ingrávida y sin sustancia en brazos de su madre, había desaparecido. A partir de entonces, ella no sería más que el débil y lejano eco de sus sentidos, un murmullo submarino.

Había llorado, pero en silencio, sin traicionar jamás sus sentimientos ante los demás.

En algún lugar en las profundidades del sueño, su espíritu había cruzado para no volver, o quizá lo hubieran raptado y transformado. Al inclinarse y elegir una piedra para su honda, la primera adquirió un nuevo peso en su mano; la segunda, una tensión distinta. Era hijo de su padre, era mortal. Había entrado en el arduo mundo de los hombres, donde los actos del hombre lo siguen allá donde va en forma de historia. Un mundo de dolor, pérdida, dependencia, estallidos de violencia y euforia; de fatalidad y contradicciones fatales, de anhelantes saltos hacia lo desconocido y, por último, de muerte: la muerte de un héroe a plena luz del sol bajo la atenta mirada de dioses y hombres para la que el yo despiadado, el cuerpo endurecido, debía ejercitarse y prepararse a diario.

La brisa le roza la frente. Allá lejos, donde el golfo se ahonda, se forman pequeñas olas, se arremolinan y finalmente mueren, mientras otras nuevas las reemplazan. Todo se repite y seguirá repitiéndose hasta la eternidad, esté él allí o no para observarlo: eso es lo que ve.

En la visión a largo plazo que otorga el paso del tiempo, quizá incluso él haya desaparecido. Es el tiempo, no el espacio, lo que observa fijamente.

Durante nueve años, inviernos y veranos, han permanecido encerradas aquí en la playa esas vastas hordas de griegos de todos los clanes y reinos: de Argos, Esparta y Boecia, Eubea, Creta, Ítaca, Cos y otras islas o, como él y sus hombres, sus mirmidones, de Ftía. Días, años, una estación tras otra. Un infinito entretanto en el que debes mantener tus armas en condiciones óptimas y a tu yo más astuto tenso como la cuerda de un arco durante largos períodos de pereza, de una espera paciente e inquieta, de vergonzosas reyertas, de fanfarronadas y habladurías impropias de hombres.

Semejante vida es mortal para el espíritu de un guerrero, alguien que, para soportar lo más difícil, necesita acción: el batir de las armas que resuelve una pelea con rapidez y envía de nuevo a un hombre, ya con el espíritu renovado, a convertirse una vez más en un buen agricultor.

Una guerra debe librarse con rapidez y determinación. Como máximo en treinta días, en las semanas que van de los primeros brotes primaverales a la recolección, cuando el maíz está reseco y maduro para el hierro enemigo, para volver de nuevo al ritmo aborregado de la vida de agricultor. A los días del calendario y todo lo que con ellos llega; a la siembra y el arado y la cosecha del cereal. A vagabundear calzando tus viejas sandalias por los campos golpeados por el sol, cubiertos de hierba seca, y el olor a menta silvestre bajo los pies. A haraganear a la sombra, compartiendo con parsimonia los rumores que van y vienen, mientras las moscas zumban a tu alrededor y de las axilas caen hilos de sudor.

Vuelta a las interminables disputas, a administrar justicia en la casa de uno. Vuelta a la poda de los olivos, a observar cómo con el paso de los meses se hincha el vientre de una yegua o cómo la primera pálida brizna brota entre la hierba. A notar lo mucho que un hijo ha crecido desde la última muesca en la jamba de la puerta.

En estos nueve años, su propio hijo Neoptólemo, allá lejos en casa de su abuelo, ha crecido sin él. Días, semanas, una estación tras otra.

El sol asciende. Y él se pone en pie. Permanece erguido un instante más, inmerso en sus pensamientos. Incluso en ese estado de pasividad, su mente está en plena actividad. Entonces, con la cabeza gacha y la túnica recogida, emprende el camino de vuelta por la pendiente de la playa, hacia el campamento.

Suena en el aire un cántico agudo, como de espíritus. Proviene de las jarcias de los barcos que, recién llegados, se bambolean anclados o alineados para la batalla en las plataformas de madera de pino dispuestas a lo largo del muelle. Las naves suman más de mil. Las vergas, silueteadas contra la palidez del cielo, se asemejan a un bosque transportado hasta allí como por arte de magia. Después de pasar tantos meses en tierra, los cascos están blancos como la leche. Llegan hasta el campamento formando una hilera, amurallando el mar.

Se desplaza con rapidez. A la sombra hace frío. Camina con aire desgarrado sobre la pendiente de la playa, con

andares de borracho. Las sandalias resbalan sobre los guijarros, algunos de ellos tan grandes y suaves como un huevo de pato. Entre los guijarros, algas de tonos marrones y dorados, aún húmedas por el efecto de la marea.

Al dejar atrás la última hilera de barcos, hace una pausa y observa detenidamente el golfo. La mar, todo fuego, se extiende, completamente lisa, hasta la línea del horizonte. Parece tan sólida, tan falta de profundidad, un lugar tan atractivo en el que asentarse, que cualquiera se vería tentado de girar bruscamente a la derecha para intentar caminar sobre las aguas. Y solo cuando la mar se abriera engulléndolo se daría cuenta de haber caído víctima del engaño de un monstruo de la naturaleza.

Pero no es en la mar donde todo acaba. Acabará aquí, en la playa, sobre esta arena traicionera cubierta de guijarros, o allá lejos en la llanura. Está escrito. Es inevitable. Con la piadosa resignación del anciano que nunca será, lo ha aceptado.

Pero en alguna otra parte de sí el hombre joven que es resiste. Y es la ira soterrada de esa resistencia lo que cada mañana lo impulsa a hollar la costa. Mas no enteramente solo. Con sus fantasmas.

Patroclo, compañero del alma y amigo de la infancia.
Héctor, enemigo implacable.

Patroclo había aparecido una tarde, como si nada, en el patio paterno. Era un muchacho tres años mayor que él, le sacaba casi una cabeza. De perfil aguileño, intenso, de pies y manos ya desproporcionadamente largos para el hombre en el que se estaba convirtiendo.

Aquiles había estado cazando en uno de los barrancos situados detrás de palacio. Había cazado una liebre. Precedido por los grandes gritos triunfales, había entrado subiendo con determinación las escaleras del patio para enseñarle la presa a su padre.

Tenía diez años. De pelo largo, nervudo, la piel oscurecida por el sol ftío. Todavía medio salvaje. Todavía con su espíritu sin asentar.

A Peleo le enfureció la intrusión. Se giró para regañar al muchacho, pero se aplacó cuando vio lo que llevaba. Hizo un gesto a Aquiles para que permaneciera inmóvil. Entonces, con un ligero gesto desvalido que dejó a la vista las palmas de sus manos — «Ya lo ves, yo también soy un padre afectuoso» —, se disculpó ante su invitado, Menecio, rey de Opus, por ese involuntario gesto de descortesía.

Aquiles, que aún resollaba como consecuencia de la larga carrera por los campos, se aprestó a esperar pacientemente. Primero con aire distraído, sin llegar a presentir lo que todo aquello significaría algún día para él: dando todavía por sentado que el centro de atención era la liebre colgada de su muñeca que goteaba sangre, permaneció erguido apoyándose ora en un pie, ora en otro, esperando a que los asuntos que aquel visitante tuviera que tratar tocaran a su fin y su padre le prestara toda su atención.

La historia que Menecio tenía que contar era espantosa.

El muchacho de manos y pies grandes era su hijo, Patroclo. Hacía diez días, en una disputa por un juego de taba, Patroclo había golpeado y matado a uno de sus compañeros: el hijo de diez años de Anfidamas, un alto

funcionario de la corte. Menecio había llevado al muchacho a Ftía en busca de asilo, como un proscrito.

En un tono de voz aún sepulcral y lleno de asombro por cómo, en un instante, tantas vidas podían quedar dispersas y rotas, aquel hombre infeliz les retrotrajo a aquella fatídica mañana.

Dos jugadores, ferozmente inmersos en la rivalidad del juego, ríen acuclillados a la sombra de una columnata. Se mofan el uno del otro, como haría cualquier muchacho de su edad. Mantienen la vista alzada, siguiendo los huesos a medida que ascienden, sin ningún presagio funesto a la vista.

Durante un largo instante, las tabas se mantienen en el aire, en lo más alto de su vuelo, como si, al volver a narrar los acontecimientos con gravedad, el padre estuviera permitiendo que se abriera una grieta donde, en esa ocasión, algún poder superior pudiera intervenir, con la arbitraria indiferencia de quienes disponen de un poder infinito sobre el mundo de las conjunciones y los accidentes, para dar la vuelta a lo que estaba a punto de ocurrir. El silencio se hace más denso. Incluso las cigarras han dejado de cantar.

El niño cuyo destino está suspendido en el aire permanece en pie, con los labios abiertos, aunque ni una gota de aire pasa entre ellos, perdido, como todos ellos, en una historia que bien podría estar escuchando por primera vez y que aún no ha tocado a su fin.

También Aquiles permanece en pie, hechizado. Como un durmiente que por casualidad hubiera tropezado con un sueño ajeno, ve lo que está a punto de ocurrir, pero ni puede moverse, ni gritar para impedirlo. Le pesa tanto el brazo derecho (se ha olvidado de la liebre) que

quizá no vuelva a levantarlo jamás. El golpe está a punto de caer.

El niño Patroclo inclina el mentón, las delgadas cejas se arquean expectantes y una ligera humedad ilumina la parte inferior de su labio superior. Por primera vez, Aquiles se topa con su mirada. Patroclo lo mira. El golpe se deja sentir, hueso a hueso. El muchacho, con la vista aún fija en Aquiles, lo encaja con apenas una ligera inclinación de hombros, una inhalación casi imperceptible de su aliento.

Aquiles está tan aturdido que da la impresión de que le hubieran asestado el golpe a él. Rápidamente se vuelve hacia su padre, de cuya palabra tantas cosas dependen.

Pero no hay necesidad de añadir su pequeño granito en forma de súplica. También Peleo está conmocionado por el espectáculo de este muchacho, señalado como un proscrito y marcado como un asesino, que permanece en pie esperando en una especie de tierra de nadie a ser readmitido en compañía de los hombres.

Y así quedó decidido: Patroclo sería su hermano adoptivo. Para Aquiles, el mundo se había reordenado alrededor de un nuevo eje. Así fue como, dando un salto hacia delante, su verdadero espíritu tomó forma, como si desde siempre hubiera necesitado de aquel otro antes de poder ser plenamente él mismo. Desde ese instante, fue incapaz de concebir nada en la vida que le tocara vivir de lo que Patroclo no formara parte y ante lo que no diera su aprobación.

Pero las cosas no siempre fueron fáciles entre ambos.

A veces resultaba difícil acercarse a Patroclo, consciente de que, con independencia del afecto fraternal que Aquiles le profesara, allí era un cortesano, un ser dependiente. Se apartaba, henchido de orgullo y aquejado de un dolor que no podía calmarse con facilidad. Lo que Aquiles vio entonces en ese ceño hosco era lo que le había golpeado con tanta fuerza en la primera mirada que habían cruzado, esa mirada amedrentada que había atrapado su alma antes incluso de que supiera que la tenía. Y, una vez más, como si de su propia memoria se tratara, volvía a oír lo mismo que Patroclo: el golpeteo de un hueso contra otro en el momento en el que dos vidas chocaron y cambiaron de manera irrevocable.

No, se dijo Aquiles. Dos vidas, no: tres. Porque cuando Patroclo volvía a revivir ese instante, él también estaba allí. Conteniendo el aliento, demasiado aturdido, tan prisionero de su espíritu que era incapaz de moverse, seguía observando la escena con ojos de ensueño mientras aquel otro (el hijo pequeño de Anfídamas, cuyo rostro nunca había contemplado) fue fortuitamente empujado a un lado para hacerle sitio a él.

Pensaba en aquel muchacho a menudo. Estaban unidos, aun cuando fuera por un vínculo oscuro, de carne a fantasma. De forma diferente, pero por la misma voluntad y en el mismo instante en el que su destino se había unido al de Patroclo.

Cuando llegó el final fue abrupto, si bien no del todo accidental.

Tras una tregua de varias semanas, la guerra se había reiniciado con inusitada ferocidad. Al principio, en es-

caramuzas aisladas; después, cuando se supo que los griegos estaban divididos y que Aquiles, el más formidable de entre todos ellos, había retirado sus fuerzas, en forma de ataque frontal. Héctor, matando a diestro y siniestro, había tomado por asalto las murallas del campamento y se había abierto camino hasta las naves griegas. La causa griega se había tornado desesperada.

También Patroclo. Refrenándose y sin participar en el combate debido a la disputa que enfrentaba a Aquiles con sus generales, se desplazaba con celo sincero de un lugar a otro del campamento mientras oía las noticias relativas a la muerte de este hombre, las heridas que casi causan la muerte a este otro, todo ellos compañeros queridos. Nada dijo, pero Aquiles sabía que el corazón puro de Patroclo estaba dividido entre el viejo y profundo cariño que se profesaban, que hasta entonces jamás se había cuestionado, y una especie de duda, de vergüenza incluso. Patroclo ve mi indiferencia para con el destino de estos griegos como una mancha en mi honor y en el suyo, se decía Aquiles.

Conocía todos los movimientos del alma de Patroclo (¿cómo no, después de tanto tiempo?), pero no se dejaba influir por ellos.

Finalmente Patroclo había aparecido en la cabaña y, ceñudo y silenciosamente turbado, había tomado asiento en un taburete situado cerca de la entrada, donde resultaba imposible ignorar su presencia. Allí esperó.

Aquiles, lleno de resentimiento por el hecho de ser juzgado, aun en silencio, así como por el hecho de que se le estuvieran pidiendo cuentas, siguió ocupado en naderías. Cada instante de desunión entre ambos era un tormento para él. Su conflicto con Agamenón

era justo, se sentía herido en su orgullo. ¿Acaso tenía que volver a defenderse? Agamenón, ya fuera porque era de natural vanidoso y conflictivo o porque siempre había envidiado la influencia que sobre ellos tenía un hombre más joven que él, lo había injuriado delante de todos.

Los generales le habían entregado como botín de guerra a una muchacha esclava, Briseida. En el tiempo que llevaba con él, le había cogido cariño. Fue entonces cuando el botín de Agamenón, Criseida, fue rescatada y enviada de vuelta a Troya. El gran comandante, con la altivez que lo caracterizaba, había reclamado su premio, Briseida, como sustituta de la primera. Naturalmente, Aquiles se había negado sin reparar en otras consideraciones. Cuando Agamenón, encolerizado por el desaire, rugió furioso y lo censuró con tosquedad, también Aquiles perdió la calma y, conteniéndose a duras penas para no golpearlo, había abandonado la asamblea hecho una furia y se había retirado a su tienda, negándose a mantener cualquier tipo de contacto y retirando sus tropas de la línea de batalla.

Si los generales griegos sufrían ahora, solo ellos tenían la culpa. Él y sus seguidores, incluido Patroclo, su padre Peleo y su tierra natal, Ftía, habían sido víctimas de una afrenta escandalosa.

Obviamente, sabía lo que Patroclo pretendía con su amenazadora presencia y fue capaz de soportarlo durante bastante tiempo, pero desacostumbrado, en lo que a Patroclo respectaba, a contener sus sentimientos, había permitido que una airada decepción se apoderara finalmente de él.

«Si todo esto te afecta tanto, Patroclo —había dicho rápidamente—, ve y salva tú a los griegos.»

«Así lo haré, puesto que el gran Aquiles no va a hacerlo», respondió Patroclo. Y espada en mano, se puso rápidamente en pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Habían permanecido de pie, horrorizados ambos por las palabras cruzadas. Aquiles temblaba, demasiado orgulloso para admitir, incluso ante ese hombre que era su misma mitad, que podía estar equivocado, pero abatido y muy afectado. ¿Cuándo había sido la última vez que él y Patroclo se habían peleado de ese modo? ¿Cuándo había visto llorar a Patroclo por última vez? Sabía que las lágrimas eran por su causa. Sentía su calor en la garganta. Más aún incluso debido a ese desagradable desencuentro entre ambos.

—Patroclo —había susurrado mientras se daba la vuelta.

—Aquiles, déjame ir —le suplicó Patroclo, también susurrando, a pesar de que no había nadie más—. Déjame ir y llevarme a los mirmidones conmigo. Préstame tu armadura. Cuando los troyanos vean tu casco y tu escudo, creerán que es Aquiles quien ha regresado al campo de batalla, se retirarán y darán a nuestros amigos espacio para respirar. Aquiles, te lo suplico.

Lleno de recelos pero repentinamente desprovisto de voluntad, Aquiles había asentido. Cuando Patroclo, después de tantos días de tensión, lo apretó contra su pecho en un estallido de jubilosa reconciliación, se convenció durante un instante de que todo podría suceder tal y como Patroclo había imaginado, que todo podría dar un vuelco y salir bien. Y cuando Patroclo, armado pero aún sin el casco, siendo de nuevo él mismo incluso vistiendo una armadura que no era la suya, permaneció en pie sonriéndole, Aquiles le había devuelto la sonrisa,

si bien el sentimiento que irradiaba de la incandescente frescura de su querido amigo, el aplomo y el ánimo del guerrero armado para la batalla no durarían.

Solo de nuevo en aquella cabaña, febril, inmerso en sus pensamientos y con la pesadez del sueño cayendo sobre él, oyó un grito elevándose de entre los griegos reunidos en asamblea: su nombre. «¡Aquiles!» y, a continuación, el eco desde las líneas troyanas, un murmullo hueco, como el viento naciente.

Sintiéndose él mismo hueco, como si su pecho y sus extremidades fueran ingravidos, se había puesto en pie y, tambaleándose ligeramente, había salido a observar los acontecimientos.

Allá fuera, sobre la llanura resplandeciente, una figura vestida como él y con sus mismos andares, reluciente entre sus guarniciones, petos y grebas, sosteniendo en alto su escudo tachonado, estaba solo, erguido entre las líneas. Cuando los griegos gritaron su nombre por segunda vez, la figura se giró como muestra de reconocimiento. Su brazo derecho dio una rápida sacudida y levantó el escudo relampagueante.

Hubo una sacudida repentina, un gran ruido de jadeos estridentes y metal entrechocando. Espadas, cabezas y hombros por todas partes. Había gritado: «¡Patroclo!», pero en silencio. Un grito apagado en los rincones más recónditos de su mente por el estruendoso tañido del bronce chocando contra el bronce amartillado, cuando el casco con la crin de caballo y la pluma ondulante (su casco, que todos los hombres de Troya, griegos y troyanos, reconocían como suyo y por el que lo identificaban) le cayó bruscamente de la cabeza, con un repentino golpe que pareció venir de la nada (otra vez los

dioses, ¡su segundo golpe!). Patroclo, con la boca abierta por la sorpresa, dio un paso atrás, se tambaleó y cayó a tierra.

Había llorado por Patroclo. Había llorado inconsolablemente. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, balanceándose angustiado adelante y atrás, arrojándose puñados de tierra sobre la cabeza.

Dos días después, con el mismo aspecto que había tenido en vida, el fantasma de Patroclo se había presentado en el mismo lugar donde Aquiles permanecía alejado de los demás, hecho un ovillo como un niño tendido sobre la playa, sobre los guijarros redondeados que olían a madre, a hierba seca y húmeda de mar. Posado sobre el prolongado sollozo de las olas, Patroclo le había suplicado, tiernamente y con su voz de siempre, que dejara de invocar su nombre con tanta lástima, que le diera sepultura con todos los debidos honores pero con pres-teza y que dejara marchar a su espíritu de una vez por todas para que pudiera encontrar el camino entre los muertos. Desde aquella noche, incluso cuando yace insomne en su jergón, vigilante y expectante, reprimiéndose siempre para no llamarlo, Patroclo no ha vuelto.

Ahora sus huesos, esos doce largos huesos, el cráneo quemado, el puñado de fragmentos astillados que habían recogido de las cenizas de su pira, están en la urna de boca ancha dentro del túmulo que Aquiles ha levantado en memoria de su querido amigo. Allí donde sus propios huesos se le unirán pasado un tiempo.

«Solo un poco más, Patroclo —susurra—. ¿Puedes oírme? Pronto, muy pronto.»

Pero antes debe enfrentarse al asesino de Patroclo, en un último encuentro bajo las murallas de Troya.

La armadura que Héctor vestía era la que le había quitado al cuerpo de Patroclo, la armadura de Aquiles, que Héctor vestía ahora para burlarse de él: el casco, con su cresta de crin de caballo y sus plumas; el arnés de bronce, que le colgaba de los hombros; las grebas con cierres plateados a la altura de los tobillos y las rodillas.

Enfrentado a un enemigo así pertrechado en un espacio tan reducido, las espadas chocando tras una persecución de una hora, esquivándose a un lado y a otro para anticiparse o evitar los golpes del otro, buscando (dado que conocía el interior de la armadura) ese punto sin protección en el coselete (en la garganta, allí donde la clavícula deja paso a la carne blanda del cuello), aquello era como intentar engañar o anticiparse a las intenciones de su sombra, apuntando, más allá de Héctor, contra sí mismo. Y cuando llegó la muerte de Héctor, en su armadura, fue como ver durante un segundo fugaz la representación en sueños de su propia muerte.

Esquivó y fintó, halló el lugar preciso y, con rostro severo pero sonriendo por dentro, le clavó suavemente la espada.

Héctor, con los ojos abiertos por la incredulidad, dio un paso adelante y cerró el puño sobre el de Aquiles. Con el sudor cayéndole por el rostro y todos los músculos del antebrazo tensados en un último acto de desafío, sus miradas se cruzaron.

Aquiles gruñó y dio un nuevo impulso a la espada. Todo el peso de su cuerpo se abalanzó sobre el arma. Él,

ingrávido. Toda la fuerza de su presencia bruta sobre el filo, hundiéndolo con presteza. Hubo un instante prolongado, una pausa en la que ambos, Héctor y él, quedaron unidos por tres palmos de bronce templado.

Con las rodillas hundidas en el polvo, Héctor levantó la vista, aferrándose aún al puño de Aquiles. A pesar de la herida mortal que había recibido, con un espíritu incólume al rencor de antaño, casi con preocupación fraternal, en su último aliento, habló a Aquiles. Como hombres, ambos, para quienes este era un instante sagrado: un encuentro que desde el principio había sido el objetivo de sus vidas, el logro final de lo que eran. De hombre a hombre, pero impersonalmente. Aquiles, al acercarse, sintió un escalofrío que le atravesó al reconocer el instante preciso en el que el aliento de Héctor lo abandonó y fue sustituido por la voz de algún dios.

«No vivirás mucho más que yo, Aquiles —susurró la voz. Y después—: Pocos son los días que te quedan en la tierra, para comer y charlar con tus compañeros y disfrutar de los placeres de las mujeres. Ya, allá lejos en el hogar de tu padre, en Ftía, se están preparando para guardar luto.»

Apoyado sobre su espada para escuchar el último suspiro de Héctor, Aquiles sintió cómo el enorme cuerpo de aquel se balanceó un instante y se tambaleó. Arrastrado por su propio peso, con la sangre manando a borbotones de ese punto blando situado entre cuello y clavícula, se desprendió del filo de la espada y rodó lentamente hacia atrás.

También Aquiles se tambaleó un instante. Sintió cómo el alma le cambiaba de color. La sangre formaba un

charco a sus pies y, si bien permaneció erguido y triunfante bajo el sol, su espíritu emprendió su propio camino de descenso, aproximándose a las fronteras de una región ignota. Dudó lo que dura un latido y, después, prosiguió su camino.

Nunca sabría el tiempo que pasó en ese reino crepuscular. El yo que encontró el camino de regreso era otro, más obstinado. Permaneció inmóvil, inconmovible mientras sus mirmidones formaban un cordón alrededor del cadáver de Héctor y le quitaban la armadura (arnés, coselete, grebas) hasta que no le quedó más que la túnica corta, manchada ahora de sudor, rasgada y empapada de la sangre del propio Héctor. Siguió en pie mirando mientras uno a uno, sin pasión pero también sin compasión, hundían las espadas en el cuerpo indefenso de Héctor. Con cada estocada gritaban su nombre, para que todos aquellos que miraban desde las murallas de Troya lo oyeran; también Héctor, dondequiera que se encontrara en su descenso al inframundo, lo oiría y miraría atrás con tristeza.

Aquiles observaba la escena. Él mismo parecía un hombre muerto. No sentía nada.

Una vez concluyeron y se hubieron retirado, Aquiles se levantó y se acercó al cuerpo. Permaneció en pie, observándolo desde arriba. Tomó un cuchillo del cinto, hincó una rodilla en tierra y, rápidamente, como si siempre hubiera sabido que eso era lo que haría, cortó uno tras otro los tendones de los pies de Héctor, desde el tobillo hasta el talón.

Sus hombres lo observaban. No podían ni imaginar lo que se proponía hacer.

Desovilló de su cintura una correa de piel de buey,

levantó los pies de Héctor y los ató. Después, con la cinta firmemente amarrada alrededor de la muñeca, arrastró el cuerpo hasta su carro. Pasó la correa una, dos, tres veces alrededor del eje de madera de haya, atándola firmemente al carro. Sacudió el cuero para comprobar que resistiría. A continuación, como un hombre que obedeciera las necesidades de alguna otra entidad más tenebrosa, saltó a la plataforma, se secó las gotas de sudor que le escocían en los ojos, arreó con suavidad los caballos con las bridas y salió rodando hacia la llanura, medio girándose de cuando en cuando para observar cómo el cuerpo, con la cabeza y los hombros rebotando sobre el terreno seco y desigual, se balanceaba formando un amplio arco tras de sí.

Seguían moviéndose con lentitud. Los caballos, excitados por su presencia y la promesa del ejercicio, sacudieron las cabezas.

Inclinándose hacia delante, Aquiles les susurró sílabas oscuras de magia equina y aligeró las riendas.

Tras de sí, el cuerpo de Héctor, con los mechones de pelo ya grises por el polvo, avanzaba siguiéndole a saltos, con los huesos de la cadera y las escápulas de su gigantesca espalda golpeando con dureza las afiladas piedras y las crestas pedregosas, mientras, a medida que iba cogiendo velocidad, las ruedas del carro ligero se levantaban por los aires para después caer con dureza sobre el suelo, lanzando una lluvia de chispas. Conducía cada vez más rápidamente, recorriendo las murallas de Troya arriba y abajo con el pelo suelto y al aire, los goterones de sudor le caían de la frente y el cadáver de Héctor, por fin desnudo de pies a cabeza y apelmazado por el polvo, rebotaba y daba vueltas y más vueltas y

Príamo, el padre de Héctor, su madre Hécuba y su esposa, Andrómaca, con su hijo Astianacte en el regazo, así como los hermanos y cuñados de Héctor con sus esposas y toda la plebe de Troya, que se habían congregado en todos los puntos con visibilidad de las murallas, observaban la escena.

Seguía sin sentir nada. Solo la tirantez de los músculos del antebrazo, donde todas las venas se hinchaban y espesaban, también los dedos de los pies que se aferraban a la plataforma del carro. Solo el zumbido del aire y su roce abrasador arremolinándose a su alrededor y pasando de largo.

Esperaba inundarse de una rabia que igualase la indignidad que estaba cometiendo. Calmaría su dolor y resultaría tan convincente para los testigos de ese espectáculo bárbaro que también él podría llegar a creer que en el centro de todo ello había un hombre vivo y que ese hombre era él.

Ya a plena luz del sol, el rostro tenso y cortado por el viento, con la piel de los pómulos rígida por la sal y la sal sobre sus labios secos al humedecerlos, Aquiles llega a las afueras del campamento.

Aquí todo es actividad, el día ha empezado. A lo lejos, el ganado muge y las ovejas balan, arracimadas en sus rediles. En algún lugar entre la calma, el restallar de un hacha.

Pero el sol aún no ha llegado al campamento. Una fina capa de escarcha cubre de blanco la base de los troncos de pino que forman la elevada empalizada. Arden hogueras pequeñas, casi todas ellas poco más que rescol-

dos. Finas estelas de humo ascienden por el aire. Los guardias que se acurrucan junto a ellas o caminan arriba y abajo sacudiendo los brazos están despiertos, pero tienen la mirada somnolienta al final de su guardia.

Son compatriotas suyos, hombres de espíritu sencillo que se sienten seguros en su naturaleza animal, que no conocen la duda. Sus fibrosas extremidades y rasgos endurecidos por mil batallas, nacen, como los suyos, de haber hollado las escarpadas tierras altas que en verano, cuando los halcones sobrevuelan las cumbres graníticas, desprenden un calor abrasador que llena el aire de las alturas con ardiente intensidad, y que en invierno se convierten en extensiones heladas. Sus padres son pequeños agricultores que cultivan trigo en las vastas extensiones de tierra de la llanura y pequeñas uvas dulces en la sierra, tienen rebaños de ganado vacuno y ovejas cuya leche destinan al requesón que elaboran sus mujeres. En su lengua, como en la de Aquiles, resuenan los ecos del duro dialecto de las tierras del norte, plagado de insultos que sirven al mismo tiempo como ambiguas palabras de cariño. Sus chistes y proverbios son, en su boca, prueba de que el vínculo que los une es más antiguo que los juramentos de fidelidad que se prestan entre sí.

Piensan, estos hombres, como los halcones, como los zorros y los lobos que por la noche se acercan a los rediles nevados a los que acechan y dan caza. Quieren a Aquiles. Hace mucho que se ha ganado su cariño. Un cariño incondicional.

Pero lo que ven estos días los confunde. Ya no saben bajo qué autoridad se encuentran. Él es su líder, pero diariamente rompe todas las reglas por las que les ense-

ñaron a regir sus vidas. La única explicación que encuentran es que se ha vuelto loco. Que algún dios de melena enmarañada le ha nublado la mente y actúa ahora como un enemigo desconocido en su interior, ocupando el lugar que deberían ocupar el juicio y la razón, el sueño y el honor de los demás hombres y de los dioses.

Se abre camino entre ellos hacia el lugar donde se guardan los caballos y donde se aloja el carro ligero y veloz junto al cual Patroclo permaneció a su lado, en su cobertizo. Llama a sus mozos. Les ordena, como lleva haciendo todas las mañanas durante once días, que saquen los caballos del cobertizo, conduzcan el carro fuera y lo dejen listo.

Los hombres obedecen, pero saben lo que tiene en mente y no pueden soportar mirarlo a los ojos.

Aquiles mira cómo trabajan mientras, impaciente, pasea a grandes zancadas por el patio. Vigilante, por si pudiera sacarles algún defecto. Colérico en su fuero interno.

Pero ellos saben en qué estado se encuentra estas últimas mañanas y se andan con cuidado. Cuando los caballos acuden al trote, se presentan bien cepillados y relucientes; los radios y llantas de las ruedas del carro limpios, los ejes recién bruñidos. Han hecho bien su trabajo. Aquiles es puntilloso, pero también ellos lo son. Que se enfade si quiere y que mire.

Se sonríen entre sí pero no dejan entrever ninguna emoción cuando, tras dar dos vueltas al carro y detenerse en media docena de ocasiones para escudriñar su labor, él asiente con la cabeza y se dirige hacia los caballos.

Estos caballos fueron un regalo de los dioses en la boda de sus padres. *Balio* y *Janto*, así se llaman. Les susurra al oído una o dos palabras que los mozos no pueden oír; los caballos levantan la cabeza y sacuden las crines untadas de aceite al tiempo que su oscuro pelaje se estremece. A pesar de esa chispa divina y de su inmortalidad, son criaturas como cualquier otra y, sensibles en su naturaleza animal, reaccionan con tanto entusiasmo a cada uno de los cambios de opinión de su amo que parecen dotados de una capacidad de raciocinio y una compasión casi humanas.

Janto, el más nervioso, el más impulsivo de los dos, es el preferido de Aquiles. Posa su mano con suavidad sobre el pelaje satinado: siente el palpitar relampagueante de los músculos bajo la piel, casi transparente. Se acerca a la boca correosa y suave y, al sentir el cálido aliento del caballo sobre su mejilla, experimenta una corriente de ternura que bien podría ir dirigida a él mismo; de reverencial respeto, también, ante la otra vida de este ser mágico y, al observar los ojos de los mozos posados sobre él con la pregunta de «¿Qué es lo que se propone ahora?», siente cierta envidia ante lo libre que la criatura es sin esa conciencia que en ocasiones nos convierte en extraños, tenebrosamente enfrentados, ante nosotros mismos.

Propina un golpe energético a *Janto* en la grupa y, a continuación, inclinándose un poco sobre el carro, conduce lentamente hasta donde el cadáver de Héctor, con los pies aún atados, los brazos violentamente vueltos hacia el exterior, yace abatido en el suelo. No hay necesidad de bajar del carro. Desde su posición, comprueba que todo sigue como ayer y como anteayer y como

todos los días desde que todo comenzó. Los dioses siguen desafiándolo.

Héctor yace como si estuviera dormido. Sus rasgos son los de un joven novio recién perfumado, las trenzas de un negro tan brillante como cuando estaba vivo, la frente marmórea, todos los verdugones y cuchilladas suavemente cicatrizados allí donde se dejaba entrever el hueso, la carne rasgada restaurada de nuevo.

Medio cegado por la ira, Aquiles desciende del carro dando un salto, levanta el cuerpo por los pies hasta la altura del eje y, con una rapidez brutal, da tres vueltas a la barra con la correa de cuero, la sujeta con firmeza y después, ferozmente, la anuda. Se enfrenta a un saco de huesos, como bien saben los perros que gañen y aúllan por haberse visto privados durante tanto tiempo de una presa a la que descuartizar.

«Después, después —susurra su amo mientras, acurrucado tras ellos y sujetando firmemente las correas, observa los movimientos de Aquiles—. Después, mis pequeños —les dice—, cuando él haya terminado.»

Aquiles ha vuelto a subir al carro. Un rastro de polvo ondea tras él mientras cruza la llanura. Más allá, el túmulo con los huesos de Patroclo marca el punto exacto donde había erigido la pira funeraria de cien pies de largo y cien de ancho en la que Patroclo fue incinerado.

Alrededor de la base se habían sacrificado orondas ovejas y piezas de ganado. El propio Aquiles había cortado pequeños pedazos de grasa de los animales muertos y había cubierto el cadáver con ellos. Había colocado preciosas tinajas de doble asa colmadas de aceite y miel sobre las andas y arrojado cuatro espléndidos caballos a la pira, que relinchaban y desprendían fuego

del pelaje al degollarlos. Había degollado además a dos de los nueve perros de Patroclo y arrastrado hasta el lugar a una docena de prisioneros troyanos de familias ilustres que no dejaban de gritar y sollozar. Y aun así, no fue suficiente. Nada podía consolarlo.

Aquella enorme pila de ofrendas ha desaparecido ya sobre la llanura, convertida en tizne y cenizas dispersas. Solo queda el túmulo y la urna con los huesos de su querido amigo.

Aquiles ralentiza la marcha a medida que se acerca al túmulo. Los caballos levantan las pezuñas en ceremonioso trote, las ruedas del carro apenas giran.

Desde la plataforma del carro, con rostro ceñudo y mirada de halcón, Aquiles baja la vista. Las lágrimas caen por dentro, las mejillas secas. Lanza una mirada atrás por encima del hombro hacia el lugar donde Héctor yace, boca abajo, en el polvo. Todo esto, se dice, es por ti, Patroclo.

Pero nunca es suficiente. Eso lo atormenta.

Con una sacudida de las riendas, tira de los caballos hacia la izquierda y profiriendo un aullido les hace galopar a un ritmo furioso una, dos, tres veces alrededor del túmulo. El cuerpo de Héctor, revolcándose tras él, levanta una nube de polvo que va formando remolinos y se hace cada vez más espesa, como si en ese punto de la llanura se hubiera formado una tormenta que durante largos minutos se embraveciera y girara mientras, a su alrededor, el mundo continuara en calma.

En el patio, a mil pasos de distancia, los mozos lo observan de pie, cubriéndose los ojos. Los guardias hacen un alto en sus quehaceres alrededor del campamento.

La columna se eleva cada vez a mayor altura. Después

se calma, espera y vuelve a caer al suelo formando sombras corrientes, como la lluvia en la distancia.

Aquiles conduce el carro de vuelta. Las extremidades entumecidas, cubierto de polvo de arriba abajo. La cabeza encanecida por este. El rostro, los brazos, la ropa y las manos apelmazados. Como un hombre que hubiera salido reptando de su tumba.

Está tan sucio de polvo como esa cosa, sangrienta e irreconocible, que arrastra del eje.

Cansado, con las muñecas acuosas, camina hacia donde esperan los mozos, en el patio.

Si bien no se atreven a manifestarlo, les molesta que devuelva sus caballos espumeantes y fantasmagóricamente grises apenas unos minutos después de que salieran, brillantes y enérgicos.

Desciende del carro. Guarda silencio mientras arroja las bridas al primer hombre que acude corriendo.

Ahora, dormirá. Demasiado cansado incluso para lavarse, se dirige inmediatamente a su cobertizo, enrolla su túnica sobre un jergón en la esquina y, en apenas unos segundos, se ahoga en el olvido.

Su ligereza de pies es lo que lo distingue especialmente entre los griegos: Aquiles, el de los pies ligeros. La presteza de su espíritu para llenar de aire sus pulmones, para llevar su exceso de energía y ligereza hasta las suelas de los pies y los talones, hasta los músculos de sus pantorrillas, los largos tendones de sus muslos, es una cualidad animal que comparte con los lobos de su terruño natal, de cuerpo alargado y pelo aplastado cuando corren bajo el viento.

Su espíritu de corredor lo ha abandonado. Debe deshacerse de esa pesadez terrenal que afecta a todos sus órganos, empezando por el corazón, si quiere volver a ser él mismo.

Sigue esperando un respiro. Que algo aparezca y rompa el hechizo que lo tiene sojuzgado, esa ira que lo consume y lo impulsa y permite que su espíritu se pierda en la desesperación. Algo nuevo e inimaginable que se enfrente a él con la necesidad de desprenderse de la cegadora telaraña gris que lo envuelve.

Entretanto, día tras día, la ira lo consume, siente vergüenza, llama en silencio a un espíritu que no responde y duerme.